



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 26 DE DICIEMBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Despedidas y bienvenidas de Navidad

SANTA CLOS A PLENA LUZ DEL DÍA  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Santa Clos detestaba las tormentas de nieve. Le dificultaban la salida del Polo Norte, alentaban la entrega de regalos y le podían enfermar a sus renos. La última ventisca peligrosa, hacía unos cinco años, casi le había provocado una neumonía a Rodolfo. Por eso, cada día 23 de diciembre, Santa Clos encendía el televisor y revisaba el pronóstico del tiempo, para decidir si debía abrigar a sus animalitos. Comenzaba por revisar los noticieros en la parte más oriental de Rusia y en Fiji, luego en Australia y las Islas Salomón, llegando a Indonesia, Japón y las Coreas, y continuaba recorriendo los canales del televisor, pasando por Europa y África, hasta cruzar Inglaterra y finalmente a América. Ese año, haría frío, pero al parecer no habría tormentas. Hasta que encontró un tema en Canadá: pronóstico de frío pesimista. Pensó en su reno más viejito, una hembra de nombre Violeta.

Santa Clos ya había decidido desde meses antes, que esa sería la última Navidad recorriendo el mundo para Violeta, porque de lo viejita, ya no veía muy bien, le estaban saliendo cataratas. Santa Clos la jubilaría después de esa Navidad.

Pero el viejo sintió un presagio: se asomó sigilosamente al cuarto de sus renos y contempló a Violeta en su cama, durmiendo. De pronto, como si hubiese advertido la presencia de su amo, el reno hembra abrió los ojos y husmeó con la nariz. Notó al viejo bajo el umbral de la puerta y su panza gorda saltarina a lo lejos. ¡Jo, jo, jo, jo!, rio Santa Clos al ver al reno.

"Tú no irás", le decía el hombre de barba blanca a Violeta, deteniéndola de salir de casa, cuando se aprestaban para el viaje. El animalito insistía. "No, no", le repetía su amo. Entonces ella dio una patada en el piso de madera. "¡Ah!", soltó el hombre dando luego un suspiro. "Está bien, vámonos".

En el trineo, Violeta ocupó su lugar de siempre: Al frente, a la izquierda de Rodolfo. Santa Clos trepó con las bolsas de juguetes y gritó: "¡Andando!". Los animalitos se echaron a trotar hasta correr a toda prisa, con la elegancia de las gacelas que alcanzan la velocidad de un trueno. Comenzaron a elevarse hacia el cielo.

Realizaron las primeras paradas con el dominio de los expertos. A ir de oriente a occidente iban alcanzando: una nueva noche en cada zona horaria. Violeta mostró cansancio cuando llegaron a España, pero continuó decidida, adelante. En Canadá encontraron el tremendo frío que era un poema a la muerte helada. Estornudos salieron de algunos renos, y sobre todo del viejo reno hembra.

Al regresar al Polo Norte, lo primero que hizo Santa Clos fue llevar a Violeta para recostarla tapada, con la propia



cobija del viejo, junto a la chimenea. Pasaron dos días y el reno no se levantó. Santa Clos le marcó al mejor veterinario del Polo Norte. "Está muy mal", dijo el médico, "y muy viejita... su recuperación va a tardar, probablemente tiene neumonía". Violeta de pronto intentaba levantarse, pero se desvanecía. Y así pasaron los días: el viejo al pendiente, y ella, buscándolo con la mirada, intentando decirle algo.

Santa Clos la acariciaba, recordando cómo la había traído a casa. Le había asignado nombre desde antes de conocerla. No necesitaba nuevo reno cuando, un amigo que lo visitaba le dijo: "Si fueras a comprar un nuevo animal para tu trineo, ¿cómo lo llamarías?", "Violeta", respondió inmediatamente el más famoso habitante del Polo Norte. Un año después... vino la necesidad. Se dirigió con otro amigo, quien criaba renos en Noruega. Apenas se miraron, hombre y animal bebé se enamoraron. "Me la llevo", dijo Santa Clos cargándola en sus brazos.

Cuando la entrenó en el Polo Norte, Violeta fue de los renos que aprendieron rápido. No le tomó más de una semana encontrar el impulso y movimiento de patas que la hacían volar. Cuando vinieron los primeros vuelos largos, le gustaba visitar Europa: sus bosques y campos con flores. Disfrutaba de oler amapolas rojas y los azulejos en Alemania, las flores de las nieves y las rosas de Bulgaria. Y cuando eran temporadas de descanso, acompañaba a Santa Clos en sus veladas escuchando música. Y hay que decirlo, de pronto el viejo le daba un pequeño sorbo de whiskey con soda mineral, y ella probaba con gusto: dos o tres lengüetazos, no más. Lo prefería a la cerveza.

Pero ahora que Violeta había enfermado, el médico no había recomendado más que agua de manantial, hojas de sauce y abedul... y algunos pedacitos de manzana. Durante la siguiente visita del doctor, la salud había empeorado. El animalito ya no intentaba ni levantarse. "Le quedan muy pocas fuerzas", dijo el veterinario, "y unas cuantas horas". Santa Clos la tomó en brazos y preparó el trineo. El resto de los animalitos se puso muy triste, pero sabían lo que el amo deseaba: Un último vuelo desde el asiento del hombre, contemplando las ciudades y las montañas y los mares. Fue ese el día que nació una leyenda en la tierra: El único día en que los niños del mundo dijeron haber visto el trineo de Santa Clos volando a plena luz del día.

DIOS HABLA CON SANTA CLAUS  
OLGA DE LEÓN G.

Todo estaba listo para salir a repartir regalos desde el Polo Norte hasta la Patagonia, y por toda Europa, Asia, Oceanía y Groenlandia, debían empezar de acuerdo a los usanzas y horarios de cada país y continente. Santa parecía moverse un poco más lento que otros años; pero tenía ayudantes elfos y geniecillos diversos muy jóvenes, hijos, nietos y hasta bisnietos de los viejos acompañantes de Santa en las tareas de la fabricación y reparto de juguetes. Eso equilibraba las cosas.

Aquel día, en la casa de Santa nada era ni muy normal ni demasiado extraño, solo la rutina de cada año. Quizás un poco más nutrida y atareada, puesto que año con año había más niños en el mundo, que con gran ilusión esperaban la Noche Buena, para ir a la cama pensando en el regalo o los regalos que encontrarían a la mañana siguiente: junto a su

cama, bajo el árbol de Navidad, si en casa tenían uno, o entre el musgo y la paja, y los pastorcillos del nacimiento.

Mientras Santa disimulaba el dolor de cadera que le aquejaba hacía tiempo, uno de los elfos se percató al mirar por la ventana que, afuera, el trineo estaba especialmente extraño, como un tanto nerviosos los renos, pues giraban sus cabezas de un lado a otro y se comunicaban entre ellos.

Por fin todo estaba listo para hacer el primer viaje. Santa sonrió satisfecho, y se dirigió a tomar asiento al frente de su trineo y en medio de sus geniecillos ayudantes, que irían con él, ambos eran nuevos en eso, pero iniciaban con gran entusiasmo.

A punto de soltar su primer ¡Jo, jo, jo!, todos los renos giraron su cabeza y lo vieron fijamente, luego uno de ellos señaló hacia atrás del trineo: de entre los regalos que allí habían subido aceleradamente, apenas unos minutos antes, empezó a sobresalir una pequeña perrita de carne y hueso que no era un juguete, ni era regalo para ningún niño.

De inmediato Santa Claus supo de quién se trataba: Violeta, la perrita ya bastante viejita que en la tierra se negaba a morir y dejar a sus abuelitos. Ellos también se resistieron mucho tiempo a dejar que se fuera al mundo de las almas buenas de los perritos. Violetita, al sentirse descubierta, se apenó. Así era ella, nunca quiso causar problemas: Se hizo rollito, lo más apretadita que pudo, y volvió a esconderse bajo los juguetes.

Entonces, Santa pegó un grito llamando al jefe de carga de los juguetes que estaba dentro de la casa, y este salió apresurado: Señor, mi señor: ¡qué pasa!, exclamó. A ver, Tomás, explícame cómo es que la perrita Violeta está aquí en el Polo Norte y entre los juguetes que debo empezar a entregar, ya, en tres minutos. No lo sé señor, yo tampoco la había visto.

De pronto, se escuchó una voz clara y profunda, que no se supo de dónde provenía, y dijo: Santa, viejito siempre sonriente y feliz, deja de refunfuñar, yo fui quien te la envió. Ella llegó hasta mi pesebre y rogó porque le diera alguna encomienda para hacer feliz a la gente, pues sentía que aún le quedaba un aliento de vida para ayudar a aliviar el sufrimiento de otros... Dime tú, que también eres mi hijo y uno de mis mejores ayudantes en estos tiempos de paz y amor: Yo, ¿qué debía hacer?

Avergonzado, Santa Claus dijo: lo que has hecho ha sido lo mejor, Señor. Tus deseos son órdenes para mí. La llevaré conmigo y dejaré que se quede acá entre nosotros, o en el hogar que ella escoja para renacer: cumplir con tu voluntad es mi regalo de Navidad, Señor.

Y la voz no volvió a escucharse, solo retumbó, sonoro y alegre el ¡Jo, jo, jo!, de Santa. Violeta salió de abajo de los juguetes y, feliz, movió su colita.



Henry Miller

Henry Valentine Miller nació el 26 de diciembre del año 1891 en la ciudad de Nueva York (Estados Unidos), en el seno de una familia humilde de origen alemán.

Aunque de formación autodidacta, Miller estudió durante dos meses en el City College neoyorquino hasta que el joven rebelde, gran amante de la literatura, en especial del escritor ruso Fedor Dostoiévski, fue expulsado de la universidad, ocupándose posteriormente en distintos oficios, entre ellos rancho o mensajero de la Western Union.

En los años 30 y en plena época de la Gran Depresión, Miller trasladó su residencia a París, ciudad en la que llevó una existencia bohemia junto a Anais Nin, Gilberte Brassai y Alfred Perlé.

En la capital francesa apareció su primer libro publicado, "Trópico De Cáncer" (1934), un volumen prologado por su amiga Anais y censurado en su país hasta la década de los años 60.

Junto a Nin escribió "Una Pasión Literaria" (1932-1953), libro con correspondencia entre ambos autores.

El mismo año de la aparición de "Trópico de Cáncer", la novela publicada en la editorial Obelisk Press de Jack Kahane, Henry y June se divorciaron.

Posteriormente Miller escribió novelas como "Primavera Negra" (1936), "El Universo De La Muerte" (1938) o "Trópico De Capricornio" (1939).

A pesar de que "Trópico de Cáncer" fue la primera novela publicada en su trayectoria como literato, Miller había escrito previamente varios libros que no lograron ver la luz en su día, como "Clipped Wings", "Moloch" y "Crazy Cock".

Sus textos, carentes de una estructura convencional y uso de una narración lineal, se vinculan a la exposición introspectiva desde un universo esencialmente hombruno con tendencia a la exposición erótica y el proceder nihilista, modelado con un cierto sentido lírico de la prosa, esencia libertaria y vitalista, y plasmación autobiográfica a través del flujo de conciencia.

En el año 1939 Henry abandonó Francia, y pasó un tiempo junto a Lawrence Durrell en Grecia para retornar en plena Segunda Guerra Mundial a los Estados Unidos, ubicándose en el estado de California.

En los Estados Unidos, Miller escribió libros como "El Coloso De Marusi" (1941), título que abordaba su experiencia griega, "Una Pesadilla Con Aire Acondicionado" (1945), "Días Tranquilos En Clichy" (1956), "Big Sur y Las Naranjas Del Bosco" (1957) o la afamada trilogía "La Crucifixión Rosada", conformada por los volúmenes "Sexus" (1949), "Plexus" (1952) y "Nexus" (1959), libros que incidían en el aspecto sexual que singulariza parte de sus trabajos literarios.

En el año 2018 se publicó "Quisiera Dar Un Gran Rodeo", un epistolario que recoge cartas entre 1935 y 1938 entre Miller y Michael Fraenkel.

El mismo año se reeditó por parte de la editorial La Moderna "La Bala Perdida: William S. Burroughs en México" (2018), ensayo escrito por Jorge García-Robles.

Después de su divorcio con June, Henry se casó en 1944 con Janina Martha Lepka, joven inmigrante polaca, estudiante de filosofía, con quien tuvo dos hijos, Anthony y Valentine.

En 1952 se divorció. Su última esposa fue la cantante de cabaret japonesa Hiroko Tokuda.

Miller, cuya influencia es muy apreciable en los escritores de la denominada Generación Beat, como Jack Kerouac, Allen Ginsberg o William Burroughs, falleció el 7 de junio de 1980 en la localidad californiana de Pacific Palisades a causa de problemas circulatorios.

Tenía 88 años de edad. Fue incinerado.

### ad pédem literae

Da lo que tienes para que merezcas recibir lo que te falta.

San Agustín

### Letras de buen humor

La monogamia es como estar obligado a comer papas fritas todos los días

Henry Miller

Javier García-Galiano

## Oratorio de Navidad

"Hace muy poco tiempo que el hombre cuenta su historia, examina su presente y proyecta su futuro sin contar con los dioses, con Dios, con alguna forma de manifestación de lo divino", escribió María Zambrano hacia 1955 en El hombre y lo divino. "Y, sin embargo, se ha hecho tan habitual esta actitud que, aun para comprender la historia de los tiempos en que había dioses, necesitamos hacernos una cierta violencia".

Como puede descubrirse, entre otras, en la obra de Homero, los antiguos griegos sabían que los dioses andan entre los hombres, conviven con ellos, influyen en su destino inexorablemente. También Hesíodo, que, según quedó consignado en el siglo II antes de Cristo, en el Certamen poético de Calcis fue contrincante de Homero, advertía en Trabajos y días: "¡Oh reyes! Tened en cuenta también esta justicia; pues de cerca metidos entre los hombres, los Inmortales vigilan a cuantos con torcidos dictámenes se devoran entre sí, sin cuidarse de la venganza divina".

Cuando se limitó a tolerar, a confinar en un nombre a los dioses idos, considera María Zambrano, lo que hacia 1955 parecía "mente actual" estimaba que las únicas causas reales capaces de producir cambios eran las económicas o específicamente históricas, por lo que cree que

debe preguntarse: ¿Qué es lo histórico? "Ha sido Hegel", recuerda, "quien precisó antes que la pregunta, la respuesta. Pues descubrió la historia como una vicisitud necesaria, inexorable del espíritu".

Refiere asimismo que la filosofía de Comte "sólo comienza después de esa destrucción de la antigua situación religiosa. Su acción es igualmente emancipadora y por ella la revelación del hombre queda aún más netamente dibujada. Se trata de una nueva religión de lo humano. Y lo humano ha ascendido así a ocupar el puesto de lo divino. Al abolirse lo divino como tal, es decir, como trascendente al hombre, él vino a ocupar su sede vacante".

No sin ironía, también Chesterton se había detenido en "la religión de Comte, conocida en general como positivismo, o 'culto a la humanidad'". Lamentaba que algunos de sus devotos, como el señor Frederic Harrison, ofrecerían la filosofía de Comte "pero sin todas las fantásticas proposiciones del francés sobre pontífices y ceremonias, sin el nuevo calendario, las nuevas fiestas y los nuevos días santos. Así no cree que debamos vestimos como sacerdotes de la humanidad, ni tirar cohetes porque es el aniversario de Milton".

Chesterton sostenía que "los hombres



aún van de negro por la muerte de Dios", y, sin poder prescindir del sentido del humor, señalaba que "el señor Swinburne no cuelga su calcetín la víspera del aniversario de Victor Hugo. El señor William Archer no canta villancicos describiendo la infancia de Ibsen a las puertas de las casas medio cubiertas de nieve. En el arco de nuestro año racional y luctuoso queda sólo una fiesta de todas

las antiguas celebraciones que otrora cubrían la tierra entera. La Navidad subsiste para recordarnos aquellas edades, paganas o cristianas, en que la poesía era cantada por muchos en lugar de ser meramente escrita por unos pocos. En todo el invierno de nuestros bosques ningún árbol luce más que el abeto".

¡Feliz Navidad!